

Sra. Palacio (España): Sr. Presidente: Permítame empezar uniendo mi voz a las de quienes se han congratulado de que sea su país, Guinea, y con su país África, quien nos presida en este momento crucial para la paz y la seguridad del mundo. En nombre de España, deseo una eficaz y venturosa gestión.

También quiero resaltar la labor desarrollada en un período especialmente complejo por Alemania.

El pasado 14 de febrero, comenzaba yo mi intervención señalando que como millones de ciudadanos del mundo había esperado escuchar de los informes de inspección una sola frase: que Saddam Hussein cumplía completa, incondicional y activamente con la resolución 1441 (2002).

No la oí aquel día. Tampoco la he oído hoy. Hoy tengo además la sensación de que corremos el riesgo de que los árboles nos están haciendo perder la perspectiva del bosque. Que los progresos concretos de los inspectores en su encomiable labor, que en nombre de España saludo y valoro; los gestos de Saddam Hussein nos están desviando del objetivo definido por la comunidad internacional hace 12 años: el desarme total del régimen iraquí.

Llevamos 12 años de estancamiento y yo me hago dos preguntas que me parecen fundamentales para todos nosotros: ¿Estamos cumpliendo con nuestra obligación como miembros del Consejo de Seguridad? ¿Qué mensaje estamos dando al mundo?

Porque de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad tiene como objetivo mantener la paz y la seguridad internacionales, determinar la existencia de amenazas para las mismas y también determinar las acciones que deben adoptarse.

Y no puedo sino constatar que la amenaza persiste y que Saddam Hussein sigue incumpliendo las resoluciones de este Consejo. Todo ello, 12 años después de la resolución 687 (1991) y cuatro meses después de la aprobación de la resolución 1441 (2002), que, recordemos, era la última oportunidad.

Así pues, 12 años después nos encontramos todavía en el mismo escenario que en 1991. Doce años después, el actor principal es el mismo, Saddam Hussein. Doce años después, la amenaza es la misma, sus armas de destrucción en masa. Doce años después, su actitud es idéntica: profundo desprecio por la legalidad internacional y la voluntad manifiesta de dividirnos. Y 12 años después, su estrategia sigue siendo engañarnos. ¿Por cuánto tiempo más? ¿Cuánto tiempo se requiere para tomar la decisión estratégica de colaborar plena, activa e incondicionalmente? Me temo que estamos ante una pregunta cuya respuesta todo el mundo conoce, pero que muchos quieren ignorar.

En lugar de dar un mensaje sólido y cohesionado, este Consejo corre el peligro de transformarse en una caja de resonancia mediática que escenifica nuestras diferencias y dificulta nuestra labor.

A través de la continua y sistemática perversión de la realidad, Saddam está consiguiendo algo extraordinariamente peligroso: Está logrando que muchos identifiquen a este Consejo de Seguridad, garante de la legalidad internacional, con el agresor, mientras él se identifica como el agredido. Está dividiendo a la comunidad internacional, como muy bien decía hace un instante el Ministro mexicano. Está consiguiendo invertir la carga de la prueba, trasladándonos una responsabilidad que sólo a él corresponde.

¿Cómo es posible que hayamos llegado a una situación en la que un dictador que ha provocado guerras, invadido países, gaseado a su propia población, pisoteado todos los derechos humanos existentes y burlado la ley durante 12 años esté haciendo peligrar la credibilidad de este Consejo?

Mi segunda pregunta, ya lo decía, es ¿qué mensaje estamos dando? Porque es imposible no darse cuenta de que sólo la máxima presión y la amenaza creíble del recurso a la fuerza hacen mella en el régimen iraquí. Quiero decir que a esta lógica responde la resolución 1441 (2002) y también la presentación del proyecto de resolución patrocinado por los Estados Unidos, el Reino Unido y España, que en fecha próxima se someterá a este Consejo.

Saludo y valoro los progresos que nos han relatado los inspectores, en particular la destrucción de misiles Al Samoud. Pero justo ahora aparecen como por arte de magia, por arte de 300.000 soldados estacionados en la región, las pruebas de existencia de programas de armas de destrucción en masa negadas hasta hoy, o la existencia de misiles y propulsores prohibidos de acuerdo con la legalidad internacional. Y estos gestos confirman nuestros temores: esas armas existen, no han sido destruidas y pueden ser utilizadas de nuevo.

Como decía el Secretario de Estado Powell, si mintió cuando antes las ocultaba, ¿por qué hemos de creerle ahora cuando, tras revelar su presencia, afirma que ha destruido todas las restantes? Todo ello sin que hayamos podido constatar una real voluntad de desarme.

Frente a estas preguntas, ¿qué mensaje debe dar este Consejo? En primer lugar, que no admitimos más juegos de Saddam Hussein: No cumplió en 1991, engañó a la Comisión Especial de las Naciones Unidas (UNSCOM) en 1995, se mantuvo libre de inspecciones durante casi cuatro años, y ahora, incluso cuando la resolución 1441 (2002) señala que se trata de la última oportunidad, intenta evitar, una vez más, su cumplimiento.

Este Consejo debe decir también que no podemos alentar, por acción u omisión, a todos aquellos detentadores de armas de destrucción en masa que piensan que pueden violar impune y sistemáticamente la legalidad internacional. Este Consejo debe dar un mensaje claro de que es muy consciente de que la amenaza que se cierne sobre nosotros es más grave que nunca y gira en torno a la convergencia de la existencia de armas de destrucción en masa, su posible utilización por grupos terroristas y la actitud criminal de líderes políticos que utilizan tanto las armas como los terroristas.

Este Consejo debe dar una señal clara de que entiende que ha llegado el momento de dejar de ser rehenes de aquellos que, en la búsqueda de sus propios fines, interpretan erróneamente nuestro deseo de paz como debilidad. Y este Consejo debe dejar bien claro que siempre ha propugnado no la contención del Iraq, no su desarme parcial, sino su desarme completo de armas de destrucción en masa, en particular químicas y bacteriológicas. Que éste debe hacerse pacíficamente, para lo cual es imprescindible la plena colaboración iraquí, y que en su defecto sólo el Iraq será responsable de las consecuencias.

Finalmente, debe quedar bien claro que hemos de asumir la responsabilidad ante el mundo entero de dar una respuesta a esta situación.

El desarme del Iraq no es asunto de más inspectores, o de más tiempo. Esa, parafraseando a un pensador francés, no es sino la estrategia de la impotencia. Porque todavía, en materia nuclear y de misiles, se puede contemplar la posibilidad de alcanzar resultados sin la voluntad de desarme del régimen, incluso sin una gran colaboración proactiva. Pero eso no es así en materia de armas químicas y bacteriológicas, y todos lo sabemos. Especialmente en estos ámbitos de armas químicas y bacteriológicas, el desarme pasa necesariamente por la voluntad política del régimen iraquí. Los inspectores, por supuesto, deberán continuar el tiempo necesario y con los medios necesarios, pero deberá ser a partir del cambio radical del régimen de Saddam Hussein en su voluntad de desarme. Y, hasta el momento, Saddam Hussein no da pruebas creíbles de tener dicha voluntad.

He escuchado a quienes asumen que las decisiones que puede adoptar este Consejo van a provocar la pérdida de un gran número de vidas humanas y grandes daños en el Iraq, y lo censuran y lo responsabilizan. No es así. Son otros, como Saddam Hussein, los responsables de millones de muertos con sus guerras, sus invasiones, sus acciones y sus decisiones. Son otros, como Saddam Hussein, los que utilizan armas químicas. Son otros, como Saddam Hussein, los que destruyen familias, pueblos y naciones enteras, no este Consejo de Seguridad y quienes buscamos, precisamente, la paz y la seguridad. Porque todos queremos la paz; pero una paz segura, que nos garantice que esas armas no van a ser utilizadas por el Iraq y no van a caer tampoco en manos de grupos terroristas que podrían utilizarlas para sus propios fines. Lo contrario es hacerse falsas ilusiones. Es buscar componendas que terminarán perjudicando gravemente no sólo la credibilidad y la eficacia de este Consejo, sino la paz y la estabilidad internacional que todos buscamos.